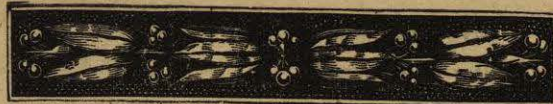


Regente, por ausencia del Sr. Arzobispo Labastida. Cuando éste se escapó de Méjico, quiso llevarlo consigo; pero al fin se quedó aquél cediendo á las instancias del Emperador, quien le prometió salvarlo en la misma nave que lo condujese á Europa. Poco faltó, en efecto, para que se embarcase en la misma *barquilla de Carón*. Cuado supo que no la muerte, sino sólo el destierro, le aguardaba, se llenó de infantil regocijo; y era curioso oír contar á Roa Bárcena los cómicos incidentes de su partida. Parecía estar oyendo á Silvio Pellico narrar la salida del sacerdote veneciano Don Marco Fortini, de la fortaleza de Spielberg.

Don José María Roa Bárcena, *notable*, fué condenado á dos años de prisión.



X

RALLÁNDOSE compurgando su pena en el Convento de la Enseñanza, escribió Roa la siguiente bellísima composición:

«Inútil fué, del rayo al estallido
 Salir del mar salobre,
 Encallando en las playas del olvido
 Mi ya maltrecho esquife, en velas pobre.

.....
 «En silencioso y apartado asilo
 Náufrago aquí me tienes
 Donde contempla el ánimo intranquilo
 Vuelos en males ya, mis pocos bienes.
 «A mi alma, empero, sorprender no pudo
 Tan súbita mudanza,
 Ni de la humana ira el golpe rudo
 Hirióla en el pensil de la esperanza.

.....
 «Los males que anunciaba, en su avenida,
 Como á todos me envuelven;
 Y ya, la venda espesa desceñida,
 A quien los vió venir, todos absuelven.

UNIVERSIDAD DE MEXICO L.
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 MEXICO, D.F.

«No temo al porvenir; pero la vista
Quitar de lo pasado
No es dable, y el aspecto me contrista
De uno y otro cadalso ensangrentado.

«No la prisión me asusta; pero el alma
No halla aquí entre sus muros
Ni de tu forma ¡oh Paz! *la amiga palma*
Ni los del quieto hogar goces tan puros.

.....
«Si de otras culpas ¡ay! y de otros yerros
Purgo aquí la existencia,
Tal vez romper de mi prisión los hierros
Quiera ya la Divina Providencia.

«Si ellos del lidiador el premio han sido,
Caigan luego en pedazos.
Ni al mundo pido yo sino su olvido,
Ni anhelo más corona que tus brazos.»

Muy pronto debía marchitarse esa corona. La influencia de la persona antes mencionada, y el cansancio del vencedor, ya agobiado con tanta persecución, rompieron los hierros antes del tiempo prefijado. Pero no fué para dejarle disfrutar los goces puros del hogar, por los cuales suspiraba, sino para lanzar su destrozado esquiife á merced de las encrespadas olas, y hacer que al naufragio general, que no lo había sorprendido, se añadiese el naufragio de su dicha doméstica, que de seguro no aguardaba. La siguiente Elegía nos da á conocer la inmensidad de su desgracia y la intensidad de su dolor.

«Raya en Oriente el alba y su primera
Luz se difunde por el ancho cielo.
¡Oh, si jamás á desgarrar viniera
El que la noche dió manto á mi duelo!

«Por la abierta ventana entra en mi alcoba
Donde el bendito cirio arde crujiente;
Lucha con su fulgor y se lo roba
Y baña de mi Paz la helada frente.

«Sin afán ni dolor yace tendida:
Mírola en el nupcial aun tibio lecho,
Inmóvil ya la faz entristecida
Y cruzadas las manos sobre el pecho.

«La muerte ha respetado el gesto afable
De sus cárdenos labios antes rojos;
Sella su frente calma inalterable;
Mi diestra acaba de cerrar sus ojos.

.....
«¡Todo acabó! Mi báculo recojo,
Siguiendo de mi vida la carrera
En sombra y soledad con paso flojo
Sin la que fué mi luz, mi compañera.

.....
«¡Todo acabó! Las penas de la vida
Halláronme sereno cual sus gozos;
Pero á mi amada al contemplar tendida
Débil mi corazón rompe en sollozos.

.....
«Yo... solo y triste en el hogar desierto
Que los despojos de mi dicha encierra,
Mi corazón, Señor, á ti convierto,
Mi frente pecadora humillo en tierra.

«De tu severa diestra fui tocado
Y el llanto y el dolor moran conmigo:
Los bienes que me diste me has quitado,
Y, con el santo Job, yo te bendigo!»

Como se ve por los sentidos versos que preceden, el naufragio de 1868 fué para Roa, individualmente, más terrible que el naufragio general de 1867. Privado de los *puros goces del hogar* que tanto le deleitaban, empezó á buscar alivio á sus males en la compañía que años atrás había formado su delicia, y á frecuentar la tertulia de la casa de Pesado. Allí lo encontré los últimos días de aquel año infausto, y allí nos hallamos reunidos, como por encanto, los mismos concurrentes de diez años atrás, amén de muchos jóvenes, miembros ó amigos de la familia. Los antiguos nos forjábamos la ilusión de que no había transcurrido el tiempo, ni truncado nuestras esperanzas la sangrienta catástrofe del año anterior.

Sin embargo, ya no era el insigne poeta el centro de atracción de aquella brillante tertulia, sino una sobrina suya, muy joven, hermosa y discreta, que arrebatava las miradas de la juventud, y á quien los vates de edad madura dieron el nombre de «El Azahar.» Los poetas la cantaron viva, y cuando pocos meses después la arrebató prematura muerte, mezclaron con los sollozos de cuantos la conocieron, flébiles versos de sentimiento altamente delicado. Entre otros, Luis Gonzaga Ortiz, de dulce memoria, escri-

bía en *El Renacimiento* esta cuarteta que escojo entre muchas:

«¿Conocisteis á Luz? en los verjeles
Que dan alfombra al cándido Orizaba
Apenas ha tres lustros que rodaba
Su blanquísima cuna entre laureles.»

También Roa Bárcena, en el mismo *Renacimiento*, publicaba estas sentidas décimas:

A LUZ LLAVE.

«... Niña que en los negros mares
Del mundo temprana estrella
Brillaste cándida y bella
Más que *un ramo de azahares!*
De los últimos cantares
Que ensalzaron tu hermosura
En tus días de ventura
El postrer eco aun resuena,
Y desprendida azucena
Ya estás en la sepultura.

.....
«Luz te llamaron, y fuiste
Luz de bondad, luz de amores
Cuando al valle de dolores,
Astro errante descendiste.
¿Quién á este valle, hoy tan triste
De no ver tu rostro amigo
Que en obscuridad y abrigo
Esconde un sepulcro ya,
Quién, dime, le volverá
La luz que se fué contigo?»

¿Qué cosa era *El Renacimiento*? Vencido, humillado, destruido y casi aniquilado el partido Imperialista, los vencedores, ya *sin temores para lo porvenir*, empezaron á sofocar *los rencores por lo pasado*, y aspiraron á atraer á los dispersos y desalentados conservadores. Se dió principio á estos conatos de unión en el mundo de las letras, y después de ensayar la formación de una academia, fundó Don Ignacio Manuel Altamirano, antes implacable tribuno, después valiente soldado republicano, y ahora dulce poeta y cultor de las buenas letras, un periódico literario que tituló *El Renacimiento*. La introducción al primer tomo, terminaba con estas conciliadoras palabras:

«Fieles á los principios que hemos establecido en nuestro prospecto, llamamos á nuestras filas á los amantes de las bellas letras *de todas las comuniones políticas*, y aceptaremos su auxilio con agradecimiento y con cariño. Muy felices seríamos si lográsemos por este medio apagar completamente los rencores que dividen todavía, por desgracia, á los hijos de la madre común.» A este llamamiento general siguieron muchas invitaciones particulares, elogios á nuestras producciones y rasgos de exquisita cortesía, que produjeron resultados altamente satisfactorios.

Confieso que el llamamiento de un hombre como Altamirano me halagó sobremanera; y lo que al principio fué pura admiración y vanidad, se convirtió bien presto en sincero cariño y verdadera amistad. Gocé

mucho de los convites que me dieron los literatos del contrario bando; y cuando poco antes del Concilio Vaticano regresé á Roma, ví con cierto orgullo que ellos vinieron á despedirme á la estación, juntamente con mis amigos eclesiásticos.

Puedo aventurarme á afirmar que idénticos fueron los sentimientos de D. José Sebastián Segura y D. José María Roa Bárcena. Lo prueban, con respecto al último, no sólo las nuevas poesías publicadas en *El Renacimiento*, sino el estilo de la introducción en prosa á su traducción métrica del *Mazeppa* de Byron. Parecía que de veras había *renacido*. ¡Qué diferencia entre el tono de las décimas á Luz Llave, aunque de tema fúnebre, y la tristeza que respiran los versos de *Naufragio* y *Duelo Doméstico*!

A dos motivos debemos atribuir este cambio. Se había entregado Roa con alma y cuerpo á su nueva carrera mercantil, y empezaba á ver que, en cuanto á provecho material, es menos ingrata que la del periodista y del poeta. Además, parece que pensaba ya en transplantar esa *amiga palma* que tanto echaba de menos en su prisión, ó mejor dicho, en plantar otra palma en el lugar que aquélla había dejado vacío. Juzguen los lectores por los fragmentos que voy á copiar de diversas poesías dedicadas á la que fué su segunda esposa.

«Vino la tempestad desde el desierto
Y rayo y lluvia y ábrego mi huerto
Asolaron al par.

Y llevando á mis hijas de la mano,

Herido el corazón, dejé temprano

 Mi derribado hogar.

«Hoy otra vez á levantarlo aspiro:

Mirando sus escombros aun suspiro

 ... Y junto al manantial

De la esperanza que conmigo llevo,

En medio del jardín planto el renuevo

 De una palma real.

«¡Palma gentil! Con el cariño ardiente

De quien acá en el mundo amar presiente

 Por la postrera vez.

Ámate, arrebatada, el alma mía:

Sé de mis tristes horas alegría,

 Calor de mi vejez.»

Tomo estas estancias de una poesía titulada *Al plantar una palma*. Un soneto, cuyo epígrafe es *Al despertar*, termina de este modo:

«Disteme el *sí*, y el gozo me despierta:

Oirlo, son del sueño desvarios;

Mas mi esperanza de lograrle es cierta.»

De otro, titulado *La Entrevista*, son los siguientes tercetos:

«¿Qué importa que discreta y pudorosa

Tu labio de coral vierta desdenes

A quien se mira en ti pidiendo olvido,

«Si tu trémula voz y la radiosa

Luz de esos ojos lánguidos que tienes

Me dicen que ya soy correspondido?»

He aquí otros fragmentos:

«Hay una virgen muy bella

Que rendidamente adoro,

De mi esperanza tesoro,

De mis acciones estrella.

«Tipo de heroicas edades

En las que el arte se inspira,

Perfecta aparece Amira

Como las griegas beldades.

«Si en la soledad y calma

Del desierto, palma hermosa

Descuella . . . no es más airosa

Que su estatura la palma.»

«La amo, y de decirme acaba

Que su corazón es mío:

Por ella el sol á mis ojos

Brilla en un cielo más limpio.»

«En este rincón ameno,

Oyendo las dulces notas

Del agua, y pensando en ti,

No siento pasar las horas.

«¿Por qué, preguntome acaso,

No da realce á esta pompa

La palma que yo en mi huerto

Planté con mano amorosa?»

«Se alza el «*Volcán que humea*»

Y de su seno arranca

Rocas y azufre y brea;

Se alza la «*Mujer Blanca*»

Del Golfo hasta el Pacífico
Reyes al par los dos.»

.....
«Ambos colosos viendo,
Que mi entusiasmo admira,
Al aquilón su estruendo
Pedir osó mi lira;
Quise elevarles cántico
Digno de su esplendor;

«Pero se apaga y muere
Mi voz en la llanura;
Llegar, aunque lo espere,
Hasta la excelsa altura
Do se remonta el águila
No es dado al ruiseñor.

«Guarda su humilde acento
A la gentil palmera
En que su nido al viento
El ave compañera
Forma y está solícita
Siempre pensando en él.»

.....
«¡Oh dulce valle escondido
En que, para verme á solas,
Bajó mi pie tantas veces
De las inmediatas lomas.»

.....
«Hanme cerrado tus sendas,
De tu recinto me arrojan;
Pero me alejo, la vista
Volviendo hacia ti llorosa.»

«Y en mi solitario huerto
La palma contemplo hermosa
Por mi con amor plantada
Para vivir á su sombra.»

El 19 de Septiembre de 1869 contrajo Roa segundo matrimonio con D.^a María Remigia Alcalde y Herrera. Las poesías de que he tomado los fragmentos que anteceden, forman el prelude, el acompañamiento y el epílogo de este nuevo drama de amor. Tenía entonces el poeta cuarenta años de edad; pero no sólo se hallaba su numen tan fresco como en su temprana juventud, sino que su estro parece superior. Si borramos las fechas con que acostumbraba calzar todas sus composiciones, y omitimos uno que otro verso demasiado alusivo, y presentamos á un lector desconocido las poesías dedicadas á su primera y á su segunda esposa, difícilmente las distinguirá.

A propósito de las poesías religiosas de Roa Bárcena, decía Frías y Soto, en las líneas que más arriba citamos, que era inútil la clasificación, porque era cristiano en todos sus versos. Al leer esta observación añadió una vez cierto amigo: «es *más cristiano* todavía en las composiciones profanas, que en las sagradas, y *más erótico* en los versos sobre asuntos extraños á sus propios amores, que en las poesías subjetivamente amorosas.» No me atrevo á fallar si tiene ó no razón este crítico.